

El trabajo y la justicia social

MIKEL MUNARRIZ

Los grandes documentos de la enseñanza social de la Iglesia parecen signados por un destino común. Cuando aparecen son saludados con alegría por algunos estudiosos interesados por la justicia social, se escriben algunos artículos que señalan lo más renovador de su enseñanza y luego, muy pronto, pasan a un respetuoso olvido, roto casi solamente cuando alguno de los sucesores del autor decide recordarlo (a los 40 años, *Quadragesimo Anno*, a los 80 años, *Octogesima Adveniens*), sin que en el entretanto sirvan para iluminar adecuadamente las opciones de los cristianos.

Pareciera que muchos de los agentes de la pastoral de la Iglesia, sin darse cuenta, hubieran aceptado el postulado fundamental en materia religiosa del liberalismo. La predicación y la catequesis ordinarias, suelen reducir las enseñanzas morales a lo concerniente a la conciencia individual y, a lo más, a las obligaciones familiares. Lo social y lo político suelen estar ausentes en la palabra que la Iglesia comunica a sus fieles y al mundo, "como si el pecado, el amor, la oración y el perdón no tuviesen allí relevancia" (Puebla 515). Como si la salvación cristiana no se jugara también y muy principalmente allí donde de tantas maneras se modela hasta la misma conciencia individual.

Cuando esos documentos son "profundamente renovadores", cuando su contenido nos obliga a tomar distancia del mundo en el que estamos inmersos y nos orienta a crear nuevas perspectivas de acción, la dificultad se hace aún mayor. Es lo que sucedió en su tiempo con la *Populorum Progressio* y con la *Octogesima Adveniens*. Y es lo que está sucediendo ahora con la *Laborem Exercens*, la Encíclica sobre el trabajo humano de Juan Pablo II. Publicada el 14 de septiembre del año pasado, apenas ha suscitado en nuestro medio aplicaciones concretas, foros de estudio, seminarios y demás modos para que realmente llegue a ser patrimonio del Pueblo de Dios.

Vale la pena señalar dos cosas. La primera que el documento sobre el trabajo de Juan Pablo II es un documento importante, tan importante que no se puede, después de su publicación, enseñar doctrina social cristiana, sin referirse

a él. La segunda que es un documento de no fácil lectura. Tanto que apenas si es posible el acceso "directo" a la palabra del Papa para la mayoría de los cristianos.

Digo que no se puede aplicar la doctrina social de la Iglesia sin tener en cuenta las enseñanzas de la *Laborem Exercens* porque es un documento que sin negar lo anterior, aparece tan obsesionado por dar respuestas a las nuevas circunstancias, que avanza notablemente sobre lo anteriormente enseñado. Señalo que no es de fácil lectura, no sólo por el propio estilo —repetitivo, denso, circular— del actual pontífice, sino sobre todo porque su afán de actualidad hace necesario historizarlo a cada circunstancia concreta para que pueda iluminarla. Como dijera la *Octogesima Adveniens*, "corresponde a las comunidades cristianas analizar con objetividad la situación propia de su país, esclarecerla mediante la palabra inalterable del Evangelio, deducir principios de reflexión, normas de juicio y directrices de acción".

LA NOVEDAD DE LA "LABOREM EXERCENS"

Un primer aspecto que permite diferenciar este documento de otros anteriores es el método teológico. Se ha pasado de una teología deductiva a una teología mucho más bíblica. En lugar de presentar un serie de principios deduciéndolos de "la revelación y la ley natural", Juan Pablo II parte siempre de la realidad, de una realidad estudiada mediante las ciencias sociales ("es necesario —nos dice— que se dejen guiar por un diagnóstico exacto de las complejas situaciones y de los condicionamientos naturales, históricos, civiles, etc.") e iluminada por la palabra de Dios que cuestiona, que ilustra, que exige... Esta teología es, además, una teología profundamente praxica. La prioridad de la praxis sobre la teoría está profusamente señalada en el documento del Papa. No sólo que parta de la praxis, sino que pretende llegar a una praxis tal, que haga verdad —que verifique— a los principios, a los sistemas, a los modos de producción, hasta a la misma Iglesia.

Pero hay un segundo aspecto que hace a la *Laborem Exercens* novedosa respecto a otros documentos eclesiales.

Aunque dirigida, como es costumbre, "a los venerables hermanos en el episcopado, a los sacerdotes, a las familias religiosas, a los hijos e hijas de la Iglesia y a todos los hombres de buena voluntad", su destinatario primero y principal es el hombre de trabajo. No que otros documentos no tuvieran enseñanza para ellos ni que las de éste no tengan nada que decir a los políticos, a los científicos sociales, a la jerarquía de la Iglesia. Sino que el Papa aparece convencido de que las orientaciones de su encíclica no podrán ser nunca llevadas a la realidad, no alcanzarán la verificación de la praxis, más que cuando las hagan suyas, se empeñen y luchen por ellas, los hombres de trabajo.

En este sentido podríamos afirmar que este documento es un escrito profundamente "basista". Sus puntos de partida están en las bases del mundo y en las bases de la sociedad: en el Tercer Mundo y no en el mundo industrializado; en los obreros y no en los capitalistas o en las burocracias estatales; en los marginados entre los marginados —el emigrante, la mujer, el minusválido— y no en los poderosos... Además, y sobre todo, el basismo aparecería por la confianza en la capacidad de los sin poder para cambiar el mundo. Me atrevería a decir que los demás, los que no estamos situados en esa base de la sociedad, sólo somos destinatarios de la Encíclica, en la medida en que ésta se pone en nuestras manos para que la hagamos llegar a sus destinatarios principales y en la medida en que somos convocados para hacer nuestras, mediante la solidaridad, las luchas de la base.

POR ENCIMA DE LAS IDEOLOGIAS Y DE LOS SISTEMAS

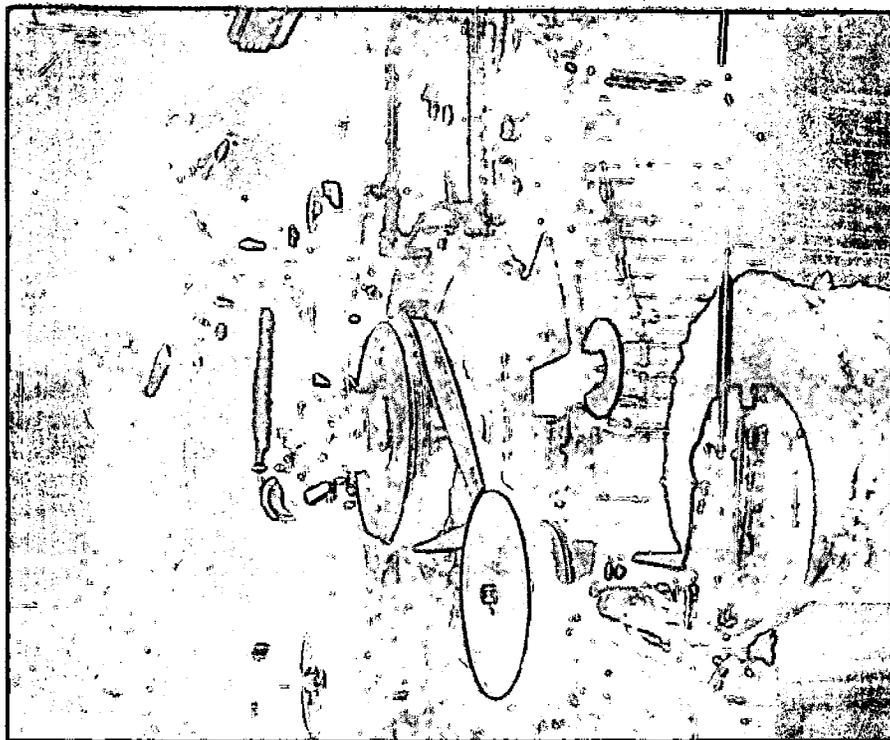
En el discurso inaugural de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, en Puebla, Juan Pablo II pronunció unas frases que después serían recogidas en las propias conclusiones de la asamblea y que han sido pasto de muy diversas y discutibles interpretaciones. Afirmó en efecto el Papa, que la Iglesia "no necesita recurrir a sistemas e ideologías para amar, defender y colaborar en la liberación del hombre". Y poco más adelante, "la Iglesia quiere mantenerse libre frente a los

opuestos sistemas, para optar sólo por el hombre". La lectura detenida de la *Laborem Exercens* podría ayudarnos a entender estas frases que algunos quisieron entender como si los cristianos debieran prescindir de las realidades que los envuelven para ser fieles a las exigencias de su fe.

Demasiadas veces, en efecto, se han venido utilizando ciertos documentos, o mejor, ciertos párrafos de algunos documentos sociales de los papas, para defender ideológicamente a uno de los sistemas actualmente existentes frente a su adversario ideológico y político. Y hay que reconocer, en verdad, que en ocasiones los propios escritos, concebidos desde dentro de un sistema, dieron pie para ello. Aunque las condenas al capitalismo han sido tan fuertes y tan frecuentes como las hechas al colectivismo, aún persiste la creencia de que los valores cristianos sólo se pueden mantener y desarrollar dentro de lo que se autocalifica "sistema occidental y cristiano".

El presupuesto que el análisis de la realidad proporciona al Papa, según podemos leer en este documento, es que esos valores están conculcados en ambos sistemas y que la "socialización de los medios de producción", condición ineludible de su verificación como sistemas realmente humanos y en los que los cristianos pudieran sentirse verificando su fidelidad a Cristo, podría y debería darse en ambos sistemas.

El trabajador por encima del capital



Para Juan Pablo II, no es característica de un sistema cristiano la propiedad privada de los medios de producción. Como no lo sería tampoco la eliminación de la propiedad privada de esos medios, si se queda en una simple estatificación de los mismos. Por encima de esos "dogmas" de uno y otro sistema está la verificación de la calidad de la vida de los trabajadores, concretada en salarios justos y suficientes, prestaciones sociales adecuadas y condiciones de trabajo dignas. Por encima de esos "dogmas" está la posibilidad de que los trabajadores accedan a la responsabilidad de decidir en los procesos productivos en los que son la parte principal.

A la Iglesia le corresponde mantenerse libre frente a los opuestos sistemas no aliándose con ninguno de ellos, sino optando sólo por el hombre, por el hombre aquel a quienes esos sistemas no permiten acceder a su plena realización humana.

DESDE DENTRO DE LOS SISTEMAS

Pero, al mismo tiempo, es claro que para el Papa esa "socialización de los medios de producción" que constituye la clave de la justicia social, tanto a niveles nacionales como a nivel mundial, no puede realizarse más que dentro de, por medio de, los sistemas. Desde un "dentro" que los reforma rompiéndolos. La "justa lucha de los hombres de trabajo" debe orientarse a que el sistema capitalista someta a una revisión en la teo-

ría y en la práctica el derecho a la propiedad privada. Los trabajadores deben llegar a ser copropietarios, a participar en la gestión y en los beneficios, al accionariado obrero al que se accede por el mero hecho de ser trabajador... En los socialismos la "justa lucha obrera" debe dirigirse contra el monopolio de la administración y gestión de los medios de producción por parte de aquellos que, en nombre de un estado que es el dueño, tienen el poder de decisión.

La *Laborem Exercens* es deliberadamente pobre en la determinación del "cómo" realizar esa "socialización". Permaneciendo "libre frente a los opuestos sistemas", desafía a éstos a implementar las medidas tendientes a posibilitar "el reconocimiento de la justa posición del hombre de trabajo dentro del proceso productivo", a posibilitar la asociación del trabajo a la propiedad del capital. Cada sistema deberá recorrer un camino distinto para acceder a eso y el camino no es la Iglesia, sino el hombre, quien deberá construirlo y recorrerlo, desde la sana autonomía de lo temporal.

Pero esos caminos no podrán ser los de las meras "conversiones personales" ni las ensoñaciones de una "tercera vía". Sólo se señala un modo necesario: La existencia, dentro de las dos vías actualmente existentes, de "una rica gama de cuerpos intermedios con finalidades económicas, sociales y culturales" que puedan llegar a tener la disposición y la generancia de los grandes medios de producción, sea en una economía de mercado libre, sea en una economía socialmente planificada. Cual sea el sistema mejor lo dirá, a fin de cuentas, la verificación de que sus miembros sean considerados como personas y sean estimulados a tomar parte activa en la vida de su comunidad.

De ahí la importancia que el Papa asigna a los sindicatos y a su participación social. Son un "elemento imprescindible de la vida social" porque son —o deben ser— para los obreros el instrumento para la lucha por la justicia social y por un "orden más justo para todos". A ellos les corresponde "corregir —con miras al bien común de toda la sociedad— todo lo que es defectuoso en el sistema de propiedad de los medios de producción o en el modo de administrarlos y disponer de ellos". Por ello, si los sindicatos no son ni deben ser "partidos políticos" ni apéndices de los partidos políticos, "su actividad entra indudablemente en el campo de la política".

Se trata, pues, de corregir el sistema, porque sólo en un sistema corregido

puede realizarse la justicia social en un mundo en el que la producción se ha socializado y no se han socializado ni los beneficios de la producción ni la gestión de la misma. Se trata de luchar por un "cambio de estructuras". Las estructuras de la tenencia de la propiedad en el sistema capitalista tal como existe. Las estructuras de participación política, en el sistema socialista tal como existe. Las estructuras del comercio internacional, dominadas por "el imperialismo internacional del dinero", en el sistema económico mundial.

LA CLAVE DE LA JUSTICIA SOCIAL

Si algo subraya la *Laborem Exercens* a lo largo de todas sus páginas es que hay una clave de solución para los grandes problemas que amenazan al mundo de hoy. Los problemas del desarrollo de los pueblos, de la paz social y de la paz mundial, los de la técnica deshumanizada, todos ellos sólo pueden ser resueltos atacando el mal instalado en sus raíces, el economicismo materialista que se ha impuesto como guía de la historia de los hombres. Cuando las cosas se ponen por encima de los hombres, cuando la persona deja de ser el centro orientador de la economía y de la política, todo se desquicia. Y el punto desde el que se puede conocer esta dislocación está situado en el corazón del proceso de producción. Mientras allá el hombre no sea "libertad responsable" como lo dijera Pablo VI, mientras no se haga en él y mediante él cocreador del universo y en él y mediante él alguien que domina la tierra y la pone a su servicio, la organización social, la política, los sistemas económicos y las relaciones entre los pueblos, quedan radicalmente viciadas. Ese vicio no solamente mantiene la injusticia y la hace crecer día a día, sino que es contrario a la salvación que Cristo nos trajo.

Para conocer esta raíz viciada y para sanarla, hay que atender a cosas que pudieran aparecer simples y sencillas. Al salario real de los trabajadores, a que se sientan dueños de lo que hacen y del capital que emplean en su trabajo, a las posibilidades de organización libre, a la participación en la búsqueda del bien común de las comunidades a las que pertenecen. Es en esos puntos donde se juega realmente la dignidad de la persona humana, clave del pensamiento social de la Iglesia. Es en esas realidades donde se ponen las bases para que se pueda dar o no dar esa libertad, igualdad y fraternidad que ha llegado a ser anhelo inaplazable de la humanidad. Es ahí

donde deben concretarse los compromisos de todos aquellos que se esfuerzan por un mundo mejor.

DESAFIOS PLANTEADOS

Pero el realismo y la actualidad de la *Laborem Exercens*, más que facilitar su lectura y su aplicación, la complican. Porque el documento del Papa es una llamada al compromiso en la praxis de cada día. Y ese compromiso no puede realizarse sin un esfuerzo de traer sus luces y sus desvelos a nuestra realidad concreta, a esta Venezuela nuestra de 1982. Para poder entender el pensamiento pontificio y, más todavía, para poder aplicar sus enseñanzas, hay que partir de un conocimiento serio y profundo de la realidad laboral, de los procesos productivos, de la realidad vital de los hombres de trabajo y de la propiedad privada tal como de hecho se dan en Venezuela. Desde ese conocimiento serio que llegue a ser diagnóstico que no se contenta con detectar síntomas, sino que señala causas, hay que cotejar esa realidad con la Palabra viva de la revelación. El desfase entre el Plan de Dios y nuestra realidad se hace entonces juicio que exige conversión. Ese juicio y esa conversión deben buscar los cauces adecuados para crear unas estructuras sociales, políticas y económicas que puedan garantizar un modo de producción al servicio del hombre y de todos los hombres.

Al leer así, desde la realidad venezolana, la *Laborem Exercens*, se desmontan uno a uno todos los slogans que tratan de hacer que nos sintamos como los felices habitantes de un paraíso democrático. Esa lectura y ese juicio serán un acicate para los cristianos y para los "hombres de buena voluntad" a fin de crear y mantener una solidaridad efectiva de los hombres de trabajo y con los hombres de trabajo, a fin de corregir en profundidad el materialismo de un sistema que ha puesto y mantiene a las personas por debajo del capital. Serán también un examen sobre la libertad de la Iglesia frente al sistema imperante, y sobre esa solidaridad que debe manifestar con los hombres de trabajo, haciendo nuestra su causa, que es la causa de los pobres, la causa del mismo Cristo. Esa solidaridad es, según el Mensaje de Puebla, la necesaria opción preferencial por los pobres en la que, según la *Laborem Exercens*, se verifica la fidelidad de la Iglesia a su Fundador.

Hay aquí una serie de desafíos y de tareas que hay que ir descubriendo

y que exigirán posteriores estudios y realizaciones. Solamente a modo de enunciado señalamos aquí algunos de los puntos que exigen profundización. La realidad de la existencia de un trabajo alienado, como lo llama el Papa en la Encíclica "El Redentor del Hombre", el trabajo realizado en un modo de producción que arrebató al hombre el fruto de su sudor y le impide sentirse dueño del proceso productivo. La realidad del "hecho desconcertante" de que "por una parte siguen sin utilizarse importantes recursos de la naturaleza, mientras existen por otra grupos de desocupados y subocupados", ya que eso señala "que dentro de las comunidades políticas... hay algo que no funciona". Habría que considerar la realidad de los salarios y prestaciones para ver si son una "justa remuneración del trabajo", ya que es ahí donde "en definitiva" se mide la justicia de un sistema económico.

Siguiendo el pensamiento de Juan Pablo II, habría que decir una palabra sobre el sindicalismo existente y su problemática real. Habría que revisar la situación de ciudadanos de segunda clase impuesta a campesinos, emigrantes y mujeres trabajadoras...

UNA TAREA PENDIENTE

La *Laborem Exercens* no puede ser para nosotros luz que se esconde. Tiene que hacerse desafío y tarea, para que el trabajo humano llegue a ser entre nosotros "no sólo medio para el progreso terrestre, sino también desarrollo del Reino de Dios".

En esta tarea mucho pueden ayudarnos los estudios que ya han realizado hermanos latinoamericanos. Ellos se han adelantado facilitándonos el camino. Están a nuestro alcance las publicaciones de la Revista Eclesiástica Brasileña, de la Revista "Páginas", del Perú, de "Theologica Javeriana" y del Boletín del CELAM, de Colombia, del Servicio de Documentación del MIEC y los dos folletos editados por el Centro de Estudios y Publicaciones del Perú. Hay en estos escritos todo un avance del pensamiento latinoamericano que ha recogido, historizado y profundizado la propuesta evangélica de la *Laborem Exercens*. Al fin y al cabo los pueblos del Tercer Mundo son esa base en la que el Papa confía para llevar a cabo la tarea pendiente de humanizar el mundo deshumanizado el trabajo.